

Quinto domingo del TO B2021

Las lecturas de este domingo hablan del sufrimiento humano. Nos muestran que la enfermedad y el sufrimiento son parte integral de la condición humana. Nos invitan a poner nuestra enfermedad y sufrimiento en las manos de Dios para que Él nos sane.

La primera lectura describe el grito de Job en medio de su sufrimiento. Muestra cómo la agudeza del sufrimiento lo ha llevado a una situación desesperada y a la desesperanza de la vida.

Lo que este texto nos enseña es que el sufrimiento humano revela la fragilidad de la condición humana y su precario fundamento. También existe la idea de que el sufrimiento, el dolor y la enfermedad revelan el rostro oculto de la existencia humana que la felicidad, la alegría y el placer a menudo nos ocultan.

Este texto nos ayuda a entender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús cura a la suegra de Simón Pedro. De hecho, el Evangelio comienza con la curación de la suegra de Simón Pedro que yacía enferma de fiebre. Luego, muestra cómo después de su curación, estaba sirviendo a Jesús y sus compañeros.

Después de esto, el Evangelio habla de muchas curaciones que Jesús realizó cuando, de todas partes del pueblo, le trajeron personas con diversas enfermedades y personas que estaban poseídas por demonios.

Al final, el Evangelio menciona la oración de Jesús en el lugar desierto antes de ir a la sinagoga donde predicaba y expulsaba demonios por toda Galilea.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar del sufrimiento humano. De hecho, todos queremos estar en buena forma y con buena salud; todos queremos vivir una vida larga, abundante y hermosa. Sin embargo, a pesar de nuestro deseo y nuestra buena voluntad, todos tenemos la experiencia del dolor, el sufrimiento, la enfermedad y finalmente la muerte.

El dolor y el sufrimiento nos llegan de diversas formas. Toma diferentes formas, es decir, mental, física, psicológica o emocional, etc. Pero cualquiera que sea la forma, siempre es algo doloroso e indeseable. Cuando el dolor y el sufrimiento golpean, la gente descubre la fragilidad de la condición humana y los límites de la vida humana, como escuchamos hoy en el libro de Job. A veces la gente cuestiona a Dios; algunos simplemente se resignan a su destino; otros se rebelan contra Dios, pero de todos modos no pueden encontrar una solución a su dolor y sufrimiento.

El filósofo francés Gabriel Marcel, a la luz de las Sagradas Escrituras, nos dice que el sufrimiento no es un problema, sino un misterio. Un problema es algo que está a mi alcance, que puedo analizar y al que puedo encontrar una solución aunque haya problemas sin solución. Un misterio, sin embargo, es algo que está totalmente fuera de mi alcance, que no puedo abordar como lo hago con un problema, porque me trasciende a mí y a mi conocimiento.

El misterio del sufrimiento encuentra su fin solo cuando, más allá del cuestionamiento y la rebelión, confiamos en Dios. Allí aprendemos mediante la fe que, incluso en el momento más oscuro de nuestro sufrimiento, Dios no nos ha abandonado; Él está con

nosotros en todo momento, compartiendo con nosotros el meandro de nuestra fragilidad humana, con sus altibajos.

¿Cómo llegamos a una conclusión tan fácil? Le hacemos al contemplar la vida de Jesucristo. Como todo el mundo, Jesús pasó por el dolor, el sufrimiento y la muerte, pero Dios triunfó en él devolviéndole la vida a través de la resurrección. Si en nuestros propios sufrimientos no hay nadie que pueda escuchar nuestras heridas y llorar, al menos sabemos que Jesús lo hará. Él puede ayudarnos a lograr nuestro destino final como lo recibió de su Padre. Por tanto, nuestros propios sufrimientos no son una limitación, sino una condición previa a la vida abundante que Dios quiere darnos.

Tal visión aclara la curación de la suegra de Pedro, así como la de muchas personas que Jesús curó en su tiempo. Jesús la ha curado para mostrar que Dios tiene el poder de sanar tanto física como espiritualmente y mentalmente. Sin embargo, aunque fue sanada, la suegra de Peter finalmente murió.

En esta perspectiva, su curación tiene carácter de ejemplo. Nos representa como un ejemplo de lo que Jesús puede hacer por nosotros y con nosotros. Lo que significa, en realidad, es que Jesús nos sana de muchas maneras, física, emocional y espiritualmente, pero no significa que podamos escapar de la realidad de la muerte física.

Por tanto, el sufrimiento y la muerte son parte integral de la condición humana y de lo que significa ser humano. Por eso sería una ilusión pensar que, porque creemos en Dios, no podemos enfermar, sufrir y morir. En verdad, no hay resurrección sin pasión y muerte. Así como compartimos la vida de Jesús a través del bautismo, también compartimos su pasión y resurrección.

El poder vivificante de Jesús se realiza en la Iglesia a través de los sacramentos, especialmente a través del sacramento de la unción de los enfermos. En esta perspectiva, cuando los sacerdotes visitan a los enfermos y los ungen, llevan a sus hogares, a las residencias y a los hospitales el poder sanador de Jesús, que sana de manera invisible nuestros cuerpos y nuestras almas.

En el sacramento de la unción de los enfermos, Jesús también nos fortalece con su poder para aceptar el resultado de nuestra vida que, a veces, puede terminar en la muerte. En este caso, el sacramento de la unción de los enfermos nos invita a unir nuestro sufrimiento al sufrimiento de Jesús para que con él Dios nos vuelva a dar vida.

Oremos para que Dios nos ayude a abrir los ojos en nuestro sufrimiento para reconocer su presencia acompañante. Pidámosle que nos dé su gracia para que en nuestros sufrimientos y enfermedades sigamos esperando en él y la salvación que nos puede traer. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Job 7: 1-4, 6-7; 1 Corintios 9: 16-19, 22-23; Marcos 1: 29-39



Fecha de la Homilía: el 07 de Febrero, 2021
© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20210207homilia.pdf